

Luis Oyarzún

Poemas

I



U nombre, ¿es la palabra que respira por ti?
¿Es el mío mi ángel sanguinario?
Hay en nosotros un nombre olvidado,
Una palabra que jamás pronunciamos.
El nombre es lo que dice un herido mortal,
Nuestro perdido bien. ¿No quieres
Que lo busquemos juntos antes de la muerte?
Movidos por un loco delirio compartido,
¿Por qué no despertar a los muertos
Tras un nombre de Dios que es nuestro nombre?
Un instante mortal nos tocamos sin vernos
En un paraíso abierto por el cuerpo humano
Que roba al infinito su riqueza increada.
En el fondo del mar nuestros pies se entrelazan,
Un tumulto destruye la piel y las arterias
Y en un cielo jamás prometido
Los enlazados tocan la inmortalidad.

Mas no la conquistamos con temblores y abrazos,
Reunidos y solos como estatuas gemelas.
¿No eres como un relámpago en tu rito enigmático?
¡Revelado misterio, muerte plena!

II

No sé de dónde brotan las órdenes
Que unen a los árboles o unen a las olas,
De dónde brotan las aguas que alimentan a un bosque
Ni el estremecimiento que une a las estrellas.
Una noche está llena de temblor y promesas,
Llena de palabras ahogadas,
Pero un herido no puede aullar como las bestias
Ni olvidar la agonía ni despertar más allá de su mal.
¿A quién puede encontrar? ¿Hacia quién se dirige?
¿Es él mismo el buscado?
¿O es que alguien lo busca y lo desvela?
Pues no basta mirarse ni acostarse ni hablar
Ni los labios sedientos
Ni la fatal sorpresa del abrazo.
Dos estatuas unidas no podrían ser Dios.
No quiero ser alimentado al azar.
Quiero un diluvio en que estemos
Como a la vuelta de un mar tranquilo.
Por eso huyo de ti, soledad desolada.
Huyo de ti, te arranco de mis ojos.
Respiro profundamente para romper tu anillo,
No quiero que estés en mí como el perfume

En las rosas marchitas,
 No quiero que seas mi afirmación,
 Mis labios absolutos. No estoy solo.
 Tú no me fuiste prometida, enemiga.
 ¿Emborrachas también a los pájaros,
 Haces temblar los frutos en el árbol
 O somos tu presa exclusiva,
 El sordo animal que abre tu rayo?

III

Congoja visceral de una oscura primavera
 Que no nace en el hombre,
 Que brota de sí misma ciega.
 ¿Transfiguras mi suerte hasta devorarla?
 ¿Me empujas a perderme ahogado en el cielo?
 ¿Soy Dios, soy animal, soy ángel para estar contigo?
 Yo no traje tus hojas ni salieron de mí tus mariposas
 Ni he calentado al sol. ¿Por qué me tocas?
 ¿Por qué te burlas de mi mano ulcerada;
 Por, qué te agitas en mis turbios pulmones,
 Por qué mueves mi infierno y no lo alumbras?
 Las aguas que desatas desde la nieve dura,
 El vaho parecido al cielo que elevas en las altas mon-
 [tañas.
 El musgo que haces brillar en las raíces húmedas,
 Tu rumor de oro hirviente en el aire, tu rostro de certeza,
 Me aniquilan y niegan si no arrancas de mí.
 Los astros te repiten una vez y otra vez.

Mi primavera oscura es como una pregunta.
No respondes. Tu corona me fija a las tinieblas.

IV

También estoy cautivo en tu árbol de fuego,
Me desgastas también y giras
Como ala de arena en los páramos mentales.
El paroxismo de tu rosa volcánica me alumbra,
Pero nada entiendo de tu luz derretida
Que sopla en el oído de los que buscan dormir.
El que no te abre paso es olvidado.
Mas el que te coge se devora a sí mismo
Con esa oculta muerte, implacable entusiasmo
Que con un grito enciende todas las lámparas
En un mundo de espejos
Y con un orden única rasga el velo del mar.
¡Oh la escudida invasión de los árboles,
El oro vertebral que fascina y destruye
En su caliente chorro de homicida ternural

V

El ojo necesita recrearse en las flores,
Descubrir en el cielo la luz que lo alimenta.
Para negar con ella a su contrario.
Pero el ojo es oscuro y la luz lo rechaza.
El ojo delator para sí mismo es ciego,
Una mano cerrada sobre el día,
Preso en la luz, cautivo de las flores.